

Ya se presiente todo esto. Con justo optimismo, puede afirmarse que de la nueva generación latinoamericana vienen las primeras voces. Las tiranías en los viejos de nuestra América, sólo ha despertado protestas. En los jóvenes ha surgido un serio llamado a la capacitación efectiva de los directores. Muchos piensan ya en nuestros países que la alternativa de la tira-

nia y el cuartelazo, no implica solución. Y son los jóvenes de América los que piensan así. El político empírico, el caudillo arrogante, viven su hora postrera. Ahora, el grito de la juventud pide ciencia política, ideología realista y nuevo sentido de la acción, disciplinada y eficaz.

Y ese grito, es voz de advenimiento.

*Haya de la Torre*

Berlín, octubre 1930.

## Toledo

= Envío del autor. =

*Quedo, por Dios, marchad quedo,  
cruz haced de boca y dedo,  
sabed que me acosa el miedo  
porque vengo de Toledo.*

*La puerta del Sol me puso  
su manto de prehistoria  
cuatro siglos sobre el hombro  
para mi entrada a Toledo.*

*Del año trescientos tres  
vino a mí Santa Leucadia,  
con mano de santa anduve  
por la calle de la Sierpe,  
el Cristo de Calavera  
y por el Hombre de Palo.  
Estuve en el Mirandero  
en que miró Inés de Vargas  
y con el Cristo que jura  
por el Honor de mujer,  
y en el fondo del alcázar,  
al pie de adarve y almena,  
donde hubo muerte de cuerpo  
la Santa que hoy es mi amiga;  
en pincel de Theotocopuli,  
el alma se va alargando  
se hace hoja de Toledo  
con puño de oro y acero.  
Habita en San Nicolás  
el Santo Cristo de Luz  
de pie sangriento sin clavo  
porque veneno le untaron  
y él puso al lado un beso,  
beso era de buen cristiano.*

*El mismo Cristo que sangra  
por herida de judíos.*

*El mismo Cristo que un día  
habiendo sido escondido  
de corvas puso el caballo  
en que Alfonso cabalgaba,  
saliendo así desde el fondo  
de ingrata y oscura cueva.  
Y en la enorme catedral,  
la virgen que es pequeña  
de fiesta, se arroja en manto  
marino de tantas perlas.*

*El primer oro de América  
custodia de Dios se hizo,  
Sol que sale en la capilla  
con las manos amarradas  
por el templo de Toledo.*

*Rugidos de fieras se oyen  
¿Por qué gimen los cristianos?  
Son las piedras que aun recuerdan  
lo que fué un Circo Romano.*

*En la puerta de las Zarzas  
dejo el manto que me agobia  
Sonríe Santa Leucadia;  
gesto de paisaje el dedo  
curva que corre en el Tajo  
esmeraldas que se alejan  
diadema de prehistoria.*

*Mas, quedo os pido, por Dios,  
quedo, por dios, marchad quedo,  
que están doblando en mi alma  
las campanas de Toledo.*

*Max Jiménez*

Costa Rica, 1931.

## Busquemos el libro difícil

= De La Voz. Madrid =

Porque sólo nuestro enemigo, nuestro enemigo inteligente, podrá decirnos la verdad—nuestra verdad profunda—acerca de nosotros mismos, al enemigo debemos ir a preguntársela. Del enemigo, el consejo. Habrá que contar con su apasionamiento: pero en el foco de ese turbio nimbó asomará el auténtico perfil de nuestro error, el tamaño aproximado de nuestro acierto. Cuando el enemigo aplauda, confiemos algo más en nuestra obra y persona. Cuando se burle, comprobemos si nos fué posible soportar firme la burla. Porque la burla es la prueba de

la solidez de lo serio—decía Hebbel—. Lo que no puede soportar la burla, en débiles tiene los pies.

El buen amigo es casi siempre un eco. Es un espejo adonde Narciso acude a verse. No nos sirve. Como no nos sirve aquel libro que nos parezca fácil, aquel *fiel amigo*—como ingenuamente se le llama—en cuyo seno descansa nuestra atención como en un cojín de pluma. Libro que obstinadamente repite nuestras propias ideas, de quien nos hemos aprendido el estribillo, que se complace en subrayar los lugares comunes de nues-

tra propia emotividad, que en nada nos enriquece, es inútil; hay que alejarlo de nosotros, conservarlo en la vitrina como un amable recuerdo para los días de recapitular nuestra existencia. Seguramente fué un libro dócil, incapaz de hacernos reaccionar contra nada ni a favor de nadie, de abrirnos una ventana nueva hacia desconocidas regiones del pensamiento. Nos conservaría como somos, es decir, nos haría retroceder. Es, pues, nocivo.

Nuestro libro debe ser otro.

Hay que buscar el libro fosco, al autor huraño que sólo se va entregando por parcelas, que se resiste como una virgen montaraz; que a ratos se engalla y nos insulta con su manifiesta y petulante superioridad. O nos abrumba con la magnitud de sus concepciones, con la solidez de su trama, con lo bello de su arquitectura. Como de una fácil voluptuosidad, debemos huir del libro que se entrega a la primera acometida: he aquí el primer precepto de todo buen amante, de todo lector de buena fe.

Desechar totalmente aquel libro que no logre añadir a nuestra estatura un codo; acoger solícitos aquel que pueda alzarnos sobre nuestro propio nivel.

Aun el libro que adquirimos por puro deleite debe producirnoslo más refinado que todos sus precursores. Porque la red de nuestros nervios se va poco a poco adelgazando, se afinan nuestras cuerdas sensitivas; todo placer que no arranque de ellas una vibración más honda es que comienza a relajarlas. Con más razón, el libro que adquirimos por sola su utilidad debe ser un libro cuyo autor—*auctor*—pueda efectivamente *aumentar* nuestro espacio intelectual. Sólo un libro enemigo puede hacernos brincar una montaña.

Por cada libro de esos vencido.—y por cada libro bien eliminado de nuestra diaria atención—hay en derredor nuestro un nuevo territorio conquistado. Sólo los infatigables luchadores poseerán la tierra. (La mansedumbre es una virtud de repuesto para las horas de agotamiento o de cansancio).

Huyamos de esos libros «escritos»—es la frase—«para el público.» No debe escribirse para satisfacer el gusto del público, sino para crear en él nuevo gusto o, al menos, encauzarlo, depurarlo, robustecerlo. Sólo así podrían todos los lectores resistir la embestida del libro difícil, del único libro atendible en nuestra época donde es preciso distribuir escrupulosamente el tiempo. Porque, entendiéndose bien, el libro huraño, el libro espinoso, quizá exige menos tiempo que el libro fácil. Leído como beben los pájaros—es preciso leer el buen libro así,—cada sorbo de lectura puede nutrirnos durante un día. Podremos entregarnos a ocupaciones manuales, o de escasa intervención mental, sin que ese sorbo de lectura pierda nunca su aroma, sin que deje de poner en danza nuestra maquinaria intelectual. Nos pusimos en contacto con un espíritu más fuerte, más duro. Si la corriente se estableció, en efecto, no puede dejar de producirse la chispa.

Ni es el mejor libro aquel que nos